

# LA DERROTA DE LOS COMUNEROS

**E**STAMOS a más de cuatrocientos cincuenta años de la derrota de los Comuneros en Villalar, y no podemos creer que en aquellas fechas de principios del siglo XVI pulularan ya por la nuevecita y flamante España las catervas de los futurólogos, esos ases del auspicio y de la predicción que han transmutado sus cabezas en la clásica bola de cristal, trueque que les permite escribir a mano larga en vez de leer a frase corta y tal vez entrecortada. Pero si es que hubo futurólogos, seguro es que lo fueron a cielo abierto, sin tropiezo con piques y resquemores, pues al imaginarlo todo a gusto con la situación reinante y prever que cinco siglos después todo estaría igual, dieron al traste con la vieja división del tiempo en pasado, presente y futuro, y todo lo redujeron a eternidad e inmovilismo.

La época inaugural de España contenía en sí un portentoso embrión de vitalidad retardada, un convulso raudal de energía que, al querer sacralizar las elementales acciones de la expansión de su poderío, poniéndolas a salvo de la influencia de los cambios del tiempo en su desarrollo, hizo germinar el cuajo del absolutismo, preludio a su destino de momificación. Fue una extraña plataforma de observación para ver, de golpe y porrazo, toda la faz de la Historia. Con manos de divinidad y de perpetuidad, el ansia de someter a yugo al prójimo opera por unidades de Milenio, y si hace que se va es que vuelve, pestañeando menos que la Esfinge.

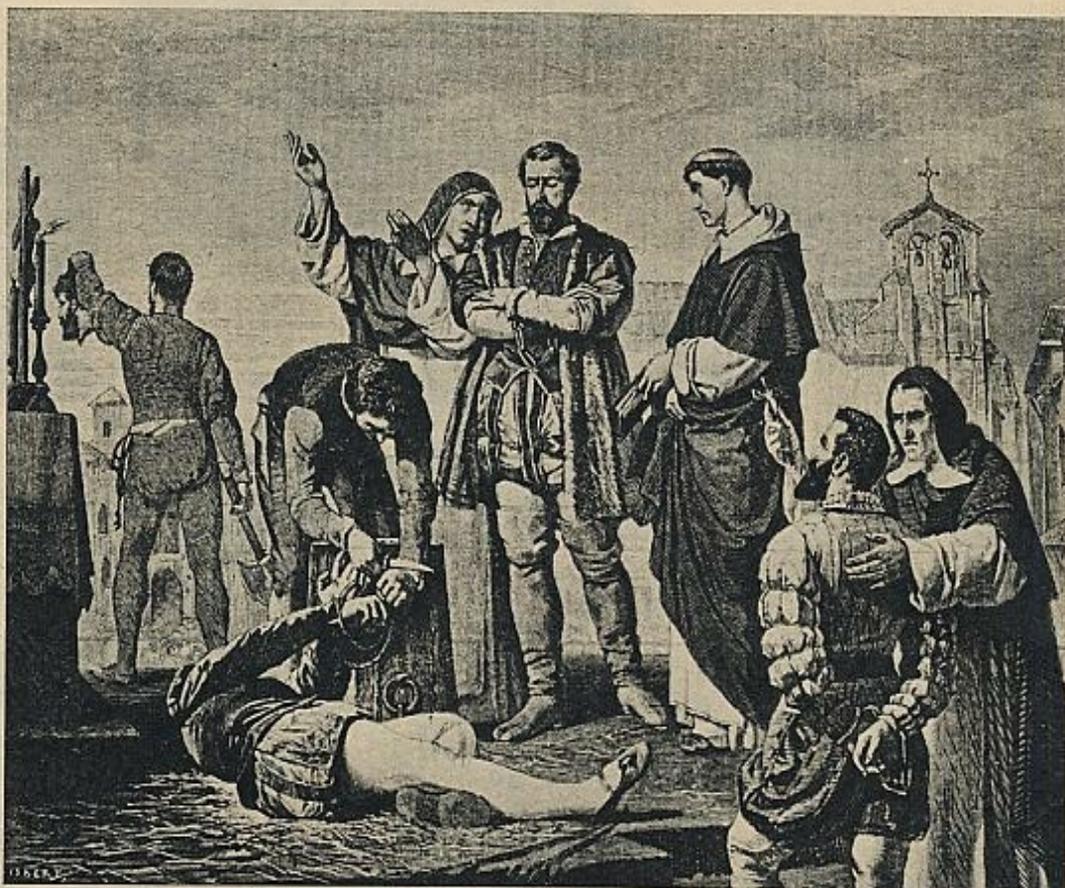
La gran revolución de los Comuneros empezó a finales del mes de mayo de 1520 y se prolongó hasta su derrota en la batalla de Villalar, el 23 de abril de 1521. La gran revolución de las Germanías de Valencia se había producido en 1519. Ambos movimientos, de eminente carácter social, se encontrarían hoy con una definición preventiva de automatismo estereotipado, conjurada a resorte limpio desde el vientre de la lavadora-controladora cerebral, con sus ecos machacones, dictando a secas el fallo inapelable de intenciones de subversión.

Pero en 1520 se desconocían las melopeas verbales del triunfalismo y su supuesta virtud de engendrar espíritu humano en una probeta, y lo que quedó demostrado fue que las revoluciones populares, el levantamiento en armas de la multitud de los pobres, fueron las creadoras de la primera vinculación nacionalista. España se había quedado muda de asombro cuando vio entrar en su territorio al nuevo soberano Carlos I, extranjero absoluto, salvo el alegato de la simple biología animal, que no sabía palabra de español y se rodeaba de un séquito de señores fla-

mencos más voraces que buitres, a los que adulaban los pedigüños españoles aprendiendo a lo papagayo palabras de su raro idioma. En los comercios y en los «parties» y «rallies» era de buen tono entreverar alguna palabreja de los mandones flamencos, como ahora se prodiga tasar de baja al propio léxico con expresiones traídas por los yanquis. En el silencio del estupor resonaron con doble fuerza

riodo de su estancia germánica. En vez de encontrar allí los pilares para la hegemonía universal de la casa de Austria, lo que le ocurrió fue que le faltaron luces de entendimiento para comprender que allí se fraguaron los sutiles y tenaces poderes que iban a cerrar el paso a la expansión imperial de España. Luego se arrepintió de su «toipeza» y lamentó mucho no haber matado a Lutero, yugulando en capu-

ciones fabriles. Inglaterra tuvo a orgullo ser considerada como un país de tenderos. Este calificativo no lo hubiera perdonado jamás el otro morboso orgullo de los hidalgos españoles, terratenientes fundidos en casta señorial, que se precipitaron a un frenético enrocamiento bajo el dogma del hermetismo jerárquico y la continuidad imperecedera de la regimentación autoritaria e indiscutible de la Igle-



Ejecución de Padilla, Bravo y Maldonado. Cuadro de Gisbert.

las manifestaciones hechas por un dominico en un sermón pronunciado en Valladolid en aquel año de 1520:

«Vuestra Majestad es verdadero rey de estos reinos y propietario de ellos... y ha comprado con dinero la Corona Imperial, que no ha de transferir ni pasar a sus herederos, y Vuestra Majestad se ha empobrecido como lo está el reino y... los suyos se han enriquecido excesivamente».

Entonces se iban a Alemania nuestros dineros, lo mismo que ahora se van allá nuestros trabajadores del reino. Pero a pesar de haber acumulado el título de Carlos V, emperador de Alemania, la limitación de una dignidad electiva y temporal hizo infructuoso el pe-

llo a la «hidra» protestante, cuya emergencia estableció en Europa una nueva escala de poderes. Al optar por la primacía del espíritu nacional y emanciparse de la tutela vaticana, cristalizada en sustanciosas reglas de vasallaje tributario, los países protestantes asumieron una nueva actitud vital, simbolizada en la prédica de Erasmo del «principio de libre crítica», que los puso en sintonía con la universal dinámica evolucionista, la energía immanente inserta en el curso de la naturaleza y la marcha del tiempo.

Estas naciones dieron el salto definitivo hacia el nuevo horizonte humano, mostrando su brillante capacidad para el adelanto de las ciencias, la aplicación a la industria y el progreso de las explota-

sia Romana. Donde Erasmo defendió el principio de libre crítica, Ignacio de Loyola dijo que el hombre tenía que prestarse a una obediencia de cadáveres. Clara estaba la cosa, porque al que no obedecía al de rango superior lo convertía en flambre «ipso facto».

¡Qué situación tan singular! El país que se proclamaba campeón del romano catolicismo no había metido baza en las fantásticas empresas de las Cruzadas, los baldíos intentos de conquistar las tierras de Palestina, defendidas ya no por los judíos en diáspora, que de haber estado allí no hubieran podido defenderlas, sino por brillantes ejércitos mahometanos. Los españoles de entonces eran españoles cristianos, españoles moros y espa-

ñoles judíos, y convivían en paz antes de que el primer grupo mordiera el siemprevivo beleño de la discriminación.

Al emperador Carlos ya no volvería a ocurrirle lo que le pasó con Lutero. En la misma Roma había ganado terreno la ola esplendorosa del Renacimiento, la vuelta a la ilustrada serenidad de la civilización clásica, en la cual los diferentes cultos religiosos eran objeto de mutuas deferencias, a mil leguas de la ferocidad fanática e inquisitorial. Un Papa de la familia Médicis había montado una liturgia pública para sacrificar un toro ante una imagen de Júpiter, a fin de impetrar la curación de un pariente enfermo. Carlos I era un hombre de ideas directas y precisas; asaltó el Vaticano con sus tropas, lo saqueó a placer e hizo prisionero al Romano Pontífice, poniendo punto final a los coqueteos del Vaticano con la tolerancia humanista, que revivió un instante prendida en las fugaces luces del Renacimiento.

En estas condiciones se produjo la conflagración de los Comuneros, que se propagó a muchas ciudades y halló al principio adhesiones tan importantes como la del ducado de Alba. Pero el movimiento mostró una definida proclividad a dejarse regir por el rigor de los auténticos problemas de España, que no quedarían servidos por un simple cambio en las personas de la casta señorial que monopolizaban al gobierno del reino. En el azar de una acción de masas, los pecheros, los villanos, los que ejercían las humildes profesiones que sus amos calificaban de «oficios viles» en todo escrito oficial, imponiéndoles las humillaciones del trato de parias en todos los campos de las relaciones sociales, cayeron en la cuenta de la inmensa fuerza que generaba su solidaridad activa y reclamaron específicamente el remedio a su opresión como villanos pecheros, únicos que pagaban los impuestos y arbitrios para liberar de toda tributación a la aristocracia, a los hidalgos, a sacerdotes, frailes y monjas.

Ante la nueva cara que adquiría la rebelión de los Comuneros, todos los que detentaban un privilegio de clase desertaron de sus banderas, y el declive de su causa no pudo enderezarse con la incorporación a sus filas de Antonio de Acuña, obispo de Zamora, que aportó un ejército privado de dos mil hombres. El formidable Acuña había estado de agente diplomático en Roma, y en 1507 persuadió al Papa Julio II para que lo nombrase obispo de Zamora. Esto no era ningún obsequio de fácil disfrute, pues como si fuera ayer u hoy mismo, ya se había liado una disputa sobre el derecho de la potestad civil a presentar obispos, y el rasgo del

Papa tuvo honda trascendencia alimentando odios inextinguibles. El Consejo de Castilla se opuso a que Acuña tomara posesión de su sede, y ordenó al alcalde Rodrigo Ronquillo que lo expulsara de la ciudad. Pero Acuña dio la cara, hizo morder el polvo al alcalde y tomó por la fuerza su silla episcopal.

Cautivos en Villalar por la derrota del 23 de abril de 1521, Padilla y Juan Bravo fueron ejecutados al día siguiente. El obispo Acuña huyó disfrazado, con idea de unirse a los franceses que en aquellos momentos invadían Navarra, pero en el camino fue descubierto y encarcelado en el castillo de Simancas. Allí pasó cinco años, al cabo de los cuales intentó fugarse, también por las bravas, y mató a su carcelero. Carlos V envió a su enemigo, el alcalde Ronquillo, para que instruyera el sumario, y el alcalde pudo deleitarse en la venganza, el placer de los dioses. Condenó a Acuña a tormento y horca, colgándolo en una de las torres de Simancas. En el trance supremo, Acuña no perdió genio ni figura. Saludó al verdugo y le dijo: «Amigo mío, aprieta fuerte».

El emperador Carlos había desembarcado en Santander el 16 de julio de 1522, y en el mes de octubre concedió una amnistía general a los Comuneros, excepto a casi trescientos, tildados de cabecillas, que siguieron en presidio. Entre ellos estaba Acuña, que no se amilanaba de ánimo y puso un trágico epílogo a la rebelión de los Comuneros.

En el gran movimiento de los Comuneros hubo mucho heroísmo y mucha dramática grandeza, pero nadie lo ha reivindicado como fuente del espíritu español. Y fue éste el que se sublevó, ante el peligro del aniquilamiento de su identidad y de su autenticidad específica, por la invasión de los predadores flamencos. Y fue todavía más: asumió la jerarquía de una legitimación universal y una elevación de la dignidad de cualquier persona humana, al sentirse herido por la ultrajante marginación de los «oficios viles», y prorrumpir en el primer grito de justicia social que registran los anales de la Historia.

Querían dar al hombre un valor de naturaleza incorruptible, opuesto a la marca de precio que la ponía la clase privilegiada. El hombre, producto en masa para tratarlo en cadena (¡Vivan las cadenas!), y robotizarlo para que vaya por su propio paso a los ingenios especulativos de la carne de cañón, la emigración menesterosa, la eterna vecindad de Diógenes en las chabolas... El grito de los Comuneros es el grito genuino del alma española en su primer vagido de nacimiento. ■ GABRIEL COCA MEDINA.

editorial labor, s.a.



**LA VIDA DE LAS ABEJAS**  
Dr. KARL V. FRISCH  
PREMIO NOBEL DE MEDICINA 1973

**EL ANILLO DEL REY SALOMON**  
KONRAD LORENZ  
PREMIO NOBEL DE MEDICINA 1973

**EL CONCEPTO DE CUADRO**  
ROLF WEBER  
N.C.L. 168

**LOS MODELOS POLITICOS**  
JACQUES ATTALI  
N.C.L. 171

EDICIONES GUADARRAMA, S.A.



**¿SE HA VUELTO LOCA LA IGLESIA CATOLICA?**  
JOHN EPPSTEIN  
P.O. 157

**DIAGNOSTICO DE LA UNIVERSIDAD**  
AMANDO DE MIGUEL  
P.O. 161

**EL HOMBRE FABRICADO**  
PAUL RAMSEY  
P.O. 163

**AUTO-MORBUNDIA 1888-1948 (1 y 2)**  
RAMON GOMEZ DE LA SERNA  
P.O. 168 y 169

Las Ediciones Liberales



**MEMORIAS DE UN CINEASTA BOLCHEVIQUE**  
DZIGA VERTOV  
MALDOROR 19

**EMPEDOCLES Y ESCRITOS SOBRE LA LOCURA**  
ROLDERIN  
MALDOROR 21

DE VENTA EN LIBRERIAS